

bles. Entre ellos cabe destacar, por una parte, el proceso de concentración editorial, que comportó igualmente la disminución de los autores de manuales de proyección más local; por otra, la mejora de la calidad *física* de los manuales, en gran parte debida también a la aparición de grandes y poderosas editoriales escolares y a la nueva normativa ministerial sobre los mismos, aunque estos cambios no supusiesen una transformación generalizada en la concepción historiográfica ni didáctica de los manuales de historia.

Boyd finaliza el estudio de este periodo con una más de las numerosas y muy sugerentes preguntas que aparecen en su magnífico estudio: ¿contribuyeron estos cambios, aquí simplemente esbozados, a crear un clima algo más distante del de *las dos Españas* y a generar una nueva *comunidad imaginada* mejor adaptada a la España del presente y del futuro, a una posible transformación del sistema político? La respuesta, obviamente, no es nada fácil. Lo que sí parece menos discutible, en función de la situación vivida en los últimos años y en referencia con el actual debate-polémica respecto de la enseñanza de la historia, es que aún persisten visiones bastante contrapuestas tanto respecto de la interpretación de la historia de España como de las funciones o finalidades sociales y personales que la enseñanza de la historia puede y debe desarrollar en una sociedad plural y democrática.

Rafael Valls es profesor de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Universitat de Valencia.

El pasado en el presente

Roger Chartier

Los historiadores saben la deuda que tienen con Paul Ricoeur. Publicados entre 1983 y 1985, los tres tomos de *Temps et Récit* constituyen una de las reflexiones más profundas sobre su trabajo de las realizadas en los últimos tiempos ①. Al igual que otros, los historiadores no hacen siempre lo que creen hacer y no saben siempre lo que hacen. El libro de Ricoeur les ha ayudado a ser más lúcidos acerca de su propia práctica y a comprender que la intención de verdad que funda su disciplina no podía desligarse de los parentescos que vinculan su escritura a la de los relatos de ficción.

Quince años después, Paul Ricoeur prolonga esta reflexión en un libro magnífico, *La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli* ②. Los interrogantes que obsesionan a los historiadores se sitúan en el centro de esta obra. ¿Cuál debe ser su papel en comparación con otros actores del mundo social, como los jueces por ejemplo? ¿Cómo distinguir entre el conocimiento seguro y controlado que pretenden construir y otras formas de relacionarse con el pasado, como el recuerdo, la conmemoración o la ficción? ¿Cómo entender su trabajo en sus diferencias manifiestas, pero a la vez en sus dependencias más secretas, con la memoria, tanto del individuo como de la comunidad?

Para formular estos interrogantes, Ricoeur vuelve a los temas de *Temps et Récit*, pero completándolos y amplificándolos. Los completa porque en su libro anterior la relación directa que se establecía entre la experiencia del

PAUL RICOEUR
LA MÉMOIRE,
L'HISTOIRE,
L'OUBLI



SEUIL

2000

Paul Ricoeur

La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli,
Éditions du Seuil, Paris, 2000, 676 pp.

① Paul Ricoeur, *Temps et Récit*, t. 1, *L'Intrigue et le récit historique*; t. 2, *La Configuration dans le récit et la fiction*; t. 3, *Le Temps raconté*, Paris, Éditions du Seuil, 1983-1985.

② Paul Ricoeur, *La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli*, Paris, Éditions du Seuil, 2000.

tiempo y la operación narrativa, tanto en la historia como en la ficción, se hacía «al precio de un *impasse* en lo relativo a la memoria y, lo que es peor aún, al olvido, esos estratos medios entre el tiempo y el relato» (p. I). Los amplifica porque su obra, al elucidar la lejanía pero también los parentescos entre reconstrucción histórica y reconocimiento memorial, entre discurso de saber y rememoración, abre el compás de la descripción de los diferentes modos de representación del pasado. De esta suerte, el análisis propone sucesivamente una fenomenología de la memoria, una epistemología de la historia y una hermenéutica de la condición humana. Es este trayecto el que seguiremos en nuestra lectura, jalonada de preguntas.

Ricoeur basa la fenomenología y la pragmática de la memoria en una doble articulación: de una parte, entre el retorno del recuerdo y el esfuerzo en pos de la memoria o, dicho de otra manera, el surgimiento del pasado y el trabajo de la anamnesis; de otra, entre la memoria individual, vinculada a la interioridad, a la consciencia, al conocimiento íntimo, y la memoria colectiva, identificada con las representaciones compartidas. Como es habitual en él, convoca una inmensa biblioteca y camina en compañía de Platón, Aristóteles, San Agustín, Locke, Husserl o Halbwachs para construir esas oposiciones, y también su posible resolución en la medida en que el concepto de «adscripción» le permite pensar la posible atribución de los mismos fenómenos de memoria tanto a los otros como a sí mismo, tanto al colectivo como al individuo.

La pregunta que sugiere un proceder así es doble. De una parte, ¿cómo delimitar el «nosotros» al que le son asignadas las operaciones de rememoración descritas como constantes antropológicas? ¿A un «yo» contemporáneo que sería a la vez el del autor y el del lector? ¿A un ser de memoria perteneciente a la tradición filosófica grecocristiana activado por la argumentación? ¿O a un sujeto universal, a ese «hombre que actúa y sufre, a ese hombre capaz», situado en el corazón del proyecto de an-

tropología filosófica edificado libro a libro por Ricoeur, del que la aproximación a los fenómenos de memoria sería un capítulo adicional (p. 68)? De otra parte, ¿cómo pensar la compatibilidad entre la universalidad postulada de las operaciones de memoria y las descripciones propuestas por las ciencias sociales? ¿Debemos considerar las diferencias (históricas, etnológicas, sociológicas) como variaciones inscritas en una identidad antropológica común? ¿Hay que relacionarlas con dos modos diferentes de acceso a la rememoración y al recuerdo: de un lado, la experiencia común percibida por la mirada de sí sobre sí, y, de otro, la medida objetiva de las distancias? El concepto de «atribución», que Ricoeur considera un concepto operativo susceptible de establecer una cierta conmensurabilidad entre sociología y fenomenología, entre Halbwachs y Husserl, ¿basta para reducir la distancia entre rupturas históricas y constantes antropológicas?

La pregunta parece tanto más justificada en la medida en que Ricoeur dedica la segunda parte de su libro a una muy extensa discusión sobre la epistemología del conocimiento histórico, que se propone dar cuenta de las separaciones entre memoria e historia tal como aparecen en los diferentes momentos –documental, explicativo y de escritura– de la operación historiográfica (sin que ello implique sucesión cronológica alguna). La primera distancia es la que distingue al testimonio del documento. Si el primero es inseparable del testigo y, por tanto, presupone que lo que dice se considera atendible, el segundo da acceso a «acontecimientos reputados como históricos [que] no han sido jamás recuerdo de nadie» (p. 647). A la estructura fiduciaria del testimonio se le opone la naturaleza indiciaria del documento. En un caso tenemos la aceptación (o la recusación) de la credibilidad de la palabra que testimonia a la luz de los hechos, en otro la sujeción del rastro archivado al régimen de lo verdadero y lo falso, de lo refutable y lo verificable.

Una segunda distancia marca la diferencia entre la inmediatez de la rememoración y

la construcción de la explicación histórica, sea a partir de las regularidades y de las causalidades (desconocidas por los actores), de las razones (movilizadas como estrategias explícitas) o de «esa región media donde se alternan y se combinan de manera a veces aleatoria modos dispares de explicación» (p. 234). Para poner a prueba las modalidades de la comprensión del historiador, Ricoeur opta por privilegiar la idea de representación. Y eso por dos razones. Por una parte, la representación tiene un estatuto ambiguo en la operación historiográfica: designa una clase particular de objetos a la vez que define el régimen mismo de los enunciados históricos. A la manera de Louis Marin ③, Ricoeur subraya así las dos dimensiones de la representación: una dimensión transitiva (toda representación representa algo, y en este caso los esquemas de percepción y de aprehensión que son decisivos para la estructuración de las identidades y del vínculo social) y una dimensión reflexiva (toda representación se ofrece como representando algo, y en el caso del saber histórico, como representándolo adecuadamente).

Por otra parte, la atención que presta Ricoeur a la representación, como objeto y como operación, le permite volver a la reflexión sobre los cambios de escala que han caracterizado el quehacer de los historiadores a partir de las propuestas de la microhistoria. Para él, lo esencial no es tanto que se privilegie una escala de análisis en detrimento de otras como la constatación de que «en una escala se ven cosas que no se veían en la otra y cada visión tiene su legitimidad» (p. 208). Es, por consiguiente, de todo punto imposible totalizar estas maneras diferentes de desglosar los objetos históricos; así pues, es absolutamente vano buscar el «punto alzado» desde el que podrían ser consideradas como commensurables.

Cabría recordar, dicho sea de pasada, que el enfoque microhistórico no reviste necesariamente la unidad que le atribuye Ricoeur. Es muy grande, en efecto, la distancia que hay entre dos perspectivas: entre la que considera las incur-

siones microhistóricas como laboratorios que permiten analizar en profundidad los mecanismos de poder que caracterizan a una estructura sociopolítica ligada a un tiempo y un espacio delimitados, y la que considera esas mismas incursiones como una condición de acceso a las creencias, mitos y ritos que, por lo común, las fuentes callan o ignoran y que remiten, en su misma «anomalía» (el término es de Ginzburg), a un zócalo cultural compartido por la humanidad en su conjunto. En este último sentido, no hay contradicción alguna entre una técnica de observación microhistórica y una descripción macro-antropológica.

Los juegos de escala que caracterizan la representación del pasado por los historiadores llevan a Ricoeur al tercer eje de la operación historiográfica: el de la narración. Distingue aquí muy cuidadosamente, a diferencia de *Temps et Récit*, lo que corresponde a los modelos explicativos y lo que corresponde a la intriga narrativa. La precaución tiene por objeto evitar aquellos malentendidos que hacen que, puesto que la historia se sirve, como la ficción, de recursos literarios y del relato, la capacidad de conocimiento del discurso histórico, en definitiva, se disuelva en la mera narratividad. De aquí que, para dejar bien sentada la diferencia que le separa de la perspectiva de Hayden White ④, subraye la necesidad de vincular la narración «al momento propiamente literario de la operación historiográfica» (p. 236) de manera que queden salvaguardadas las operaciones específicas que fundamentan la aspiración de conocimiento de la historia y sus estrategias explicativas.

De aquí, igualmente, la posibilidad de marcar fuertemente una tercera separación entre historia y memoria, entre la representación del pasado y su reconocimiento. A la fidelidad inmediata (o que así se supone) de la memoria se opone la intención de verdad de la historia, basada en el tratamiento de los documentos, que son rastros del pasado, y en los modelos de inteligibilidad que construyen su interpretación. Una perspectiva así no está muy alejada de la de Michel de Certeau ya que, reflexionando so-

③ Louis Marin, *Opacité de la peinture. Essais sur la représentation au Quattrocento*, París, Usher, 1989, p. 73.

④ Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973.

bre las formas de la escritura de la historia, éste subrayaba asimismo su capacidad de producir enunciados «científicos», si se entiende por tal cosa «la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan ‘controlar’ operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados»^⑥.

«Y sin embargo», señala Ricoeur, la forma literaria, en sus diferentes modalidades (estructuras narrativas, figuras retóricas, imágenes y metáforas), opone resistencia a lo que denomina la «pulsión referencial del relato histórico» (p. 306). La función «representativa» de la historia (definida como «la capacidad del discurso histórico para representar el pasado», p. 306) es permanentemente cuestionada, objeto de sospecha, por la distancia que necesariamente se introduce entre el pasado representado y las formas discursivas precisas para su representación. En estas condiciones, ¿cómo se puede «hacer prevalecer la atestación de realidad sobre la sospecha de no pertinencia» (p. 363)? ¿Cómo «acreditar la representación del pasado por los historiadores»? Ricoeur propone dos respuestas. La primera, de orden epistemológico, insiste en la necesidad de distinguir claramente y articular las tres «fases» de la operación historiográfica: el establecimiento de la prueba documental, la construcción de la explicación y la elaboración en forma literaria. La segunda respuesta es menos familiar para los historiadores. Se sitúa en los «confines de una ontología del ser histórico» y remite a la certeza de la existencia del pasado: «No es inaceptable sugerir que el ‘haber sido’ constituye el referente último al que se apunta a través del ‘no ser ya’. La ausencia se desdoblaría así en la ausencia a la que apunta la imagen presente y la ausencia de las cosas pasadas en tanto canceladas en relación a su ‘haber sido’» (p. 367). La «vehemencia asertiva de la representación de los historiadores» hallaría ahí el fundamento o la garantía de las operaciones de conocimiento que la distinguen de los reconocimientos de la memoria, acogidos en la intuición de su inmediatez.

Entre las resistencias que las formas narrativas y retóricas oponen a la intención de verdad de la historia, Ricoeur señala el «efecto de realidad» definido por Barthes como uno de los dispositivos mayores de la «ilusión referencial»^⑦. Ciertamente es que para Barthes sus modalidades no son las mismas en la novela —que, abandonando la estética clásica, ha multiplicado las notas realistas destinadas a dar a la ficción un viso de realidad— y en la historia, para la que, escribe Barthes, «el haber sido de las cosas constituye un principio suficiente de la palabra». Sin embargo, este «haber sido» debe ser introducido en la narración bajo la forma de «efectos de realidad» destinados a acreditar el discurso; tal es la función de las citas, las fotografías, las referencias que convocan el pasado en la escritura del historiador a la vez que demuestran su autoridad.

Una manera nueva de identificar el funcionamiento de esos mecanismos de certificación y de desentrañar su maquinaria podría consistir en llamar la atención no sobre el modo en que la historia se sirve de las fórmulas de la ficción —como hace Ricoeur—, sino sobre la apropiación de las técnicas de la prueba a que recurre una cierta ficción. Al lado de las biografías imaginarias de Marcel Schwob o de los textos apócrifos de Borges, como los del apéndice «Etcétera» de la *Historia universal de la infamia* o de la sección «Museo» de *El Hacedor*, un ejemplo sobresaliente de lo que aquí se apunta sería el *Jusep Torres Campalans* publicado por Max Aub en México en 1958. El libro pone al servicio de la biografía de un pintor imaginario todas las técnicas de la acreditación moderna del discurso histórico: las fotografías en las que se ve a los padres del artista y a éste en compañía de su amigo Picasso, las reproducciones de sus obras (que además serían expuestas en Nueva York en 1962 a raíz de la traducción inglesa del libro), los recortes de prensa que lo mencionan, las entrevistas que Aub mantuvo con él y algunos de sus coetáneos, el *Cuaderno verde* redactado por Campalans entre 1906 y 1914, etc.^⑧ El blanco de la obra eran los temas y las cate-

⑥ Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975, p. 64.

⑦ Roland Barthes, «L'effet de réel», *Communications*, 1968, incluido en *Le Bruissement de la langue. Essais critiques, IV*, París, Éditions du Seuil, 1984, pp. 153-174.

⑧ Max Aub, *Jusep Torres Campalans*, 1958, reed. Barcelona, Destino, 1999. Véase asimismo otra biografía imaginaria de Max Aub, de un escritor en este caso: *Vida y obra de Luis Álvarez Peñateña*, 1934, reed. ampliada, Barcelona, Salvat, 1971.

gorías caras a la crítica de arte: la explicación de la obra por la biografía, las nociones de influencia y precursor, las técnicas de atribución, el desciframiento de las intenciones secretas, etc. Hoy podemos situar el libro de otra manera. Indica los «efectos de realidad» que comparten el saber cierto y la invención literaria, pero al multiplicar las advertencias irónicas (en particular, las numerosas referencias a *Don Quijote* o el epígrafe «¿Cómo puede haber verdad sin mentira?»), recuerda a sus lectores la distancia que separa al discurso de conocimiento de la fábula y les enseña a fijarse en los referentes imaginarios. En este sentido podría ser un contrapunto paródico a la historia de las falsificaciones, siempre posibles, crecientemente sutiles, pero que acaban siendo desenmascaradas por el trabajo crítico ©.

© Cf. Anthony Grafton, *Forgers and Critics. Creativity and Duplicity in Western Scholarship*, Princeton University Press, 1990, y Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

El documento contra el testimonio, la construcción explicativa contra el recuerdo inmediato, la representación del pasado contra su reconocimiento: cada «fase» de la operación historiográfica se distingue así claramente de los procedimientos de la memoria. De aquí, inevitablemente, derivan sus relaciones de competición.

Ricoeur fija la atención en ambas caras. En el caso de los historiadores, se traducen en la reducción de la memoria al estatuto de objeto de la investigación histórica respecto del cual se trataría de analizar contenidos ideológicos, modos de transmisión, los lugares en que se inscribe y los usos sociales y políticos. Los historiadores, inquietos ante las alteraciones y falsificaciones del pasado, insisten en disipar cualquier riesgo de confusión entre la historia —entendida como un saber crítico y controlable— y las reconstrucciones de la memoria que mantienen una relación afectiva, militante o manipuladora con el pasado.

Ciertamente, las relaciones entre historia y memoria son fuertes. El saber histórico puede contribuir a disipar las ilusiones o los olvidos que suelen caracterizar a la memoria colectiva. A la vez, las necesidades de la rememoración o las exigencias de las con-

moraciones han sido, con frecuencia, origen de investigaciones históricas rigurosas y originales. Con todo, no se puede identificar historia y memoria. La primera se inscribe en el orden de un saber universalmente aceptable, «científico» en el sentido de Michel de Certeau. La segunda obedece a exigencias existenciales de comunidades para las que la presencia del pasado en el presente es un elemento esencial de la construcción de su ser colectivo.

De aquí un segundo riesgo al que se expone una historia que desconozca esta diferencia: el de anacronismo. En el mundo contemporáneo, la necesidad de afirmación o de justificación de identidades construidas, o reconstruidas, y que no son todas nacionales, puede inspirar una reescritura del pasado que deforme, ignore u oculte las aportaciones del saber histórico controlado. Esta deriva, impulsada por reivindicaciones a menudo muy legítimas, justifica plenamente la reflexión epistemológica realizada por Ricoeur sobre los criterios de validación aplicables a la «operación historiográfica» en sus diferentes ejes. La capacidad crítica de la historia no se limita, en modo alguno, a impugnar imposturas. Puede y debe someter a criterios objetivos de recusación las distorsiones que, aun sin alegar datos falsos, proponen argumentaciones inaceptables, como lo muestra la recusación posible y necesaria de los planteamientos de Nolte a propósito del Tercer Reich.

Esta observación remite a las cuestiones formuladas o sugeridas por Ricoeur. ¿Cuáles son los criterios que permitirían descalificar unas construcciones interpretativas y validar otras? ¿Tienen que ver con la coherencia interna de la demostración? ¿Con su compatibilidad con los resultados conseguidos? ¿Con las reglas clásicas del ejercicio de la crítica histórica? Por otra parte, ¿es legítimo postular una pluralidad de regímenes de prueba de la historia que vendría exigida por la diversidad de objetos y de métodos históricos? ¿O habría que elaborar una teoría de la objetividad que estableciese criterios generales que permitiesen

distinguir entre proposiciones válidas y no válidas? Estas cuestiones, que algunos historiadores (equivocadamente, a mi juicio) consideran inútiles y peligrosas, suscitan algo esencial. En un tiempo en que nuestra relación con el pasado se ve amenazada por la fuerte tentación de las historias imaginadas o imaginarias, la reflexión sobre las condiciones que permitirían considerar un discurso histórico como representación e interpretación adecuadas de la realidad que fue, es esencial y urgente. Una reflexión de este tenor, que presupondría como principio la distancia entre saber crítico y reconocimiento inmediato, participa del largo proceso de emancipación de la historia con respecto a la memoria, un proceso que culmina cuando la primera somete a la segunda a los procedimientos de conocimiento propios del discurso de saber ⑨.

Ricoeur opone a esta pretensión de la historia los esfuerzos de la memoria para hacerse cargo de la historia. Da cuenta de diversas manifestaciones de esta propensión. Así, en la tradición judía la persistente renuencia de la memoria de grupo al tratamiento historiográfico del pasado ⑩ o, en el siglo XIX, en la literatura, la revuelta de la memoria contra «la empresa de neutralización de las significaciones vividas bajo la mirada distanciada del historiador» (p. 458). Los progresos de la crítica documental y la secularización del conocimiento mediato del pasado habrían producido así, como por contraste, un «malestar en la historiografía» y la reivindicación de la legitimidad de otra forma de comprensión –intuitiva y afectiva– del pasado.

Más allá de las relaciones de conflicto, historia y memoria están ligadas necesariamente por fuertes dependencias. Hacerlas emerger es la tarea que se fija Ricoeur en el tercer tiempo de su andadura, dedicado a definir una hermenéutica de la condición histórica del hombre. Su punto de partida es una afirmación fundadora, que vincula experiencia del tiempo y esfuerzo de conocimiento: «Hacemos historia y hacemos la historia porque somos históricos» (p. 456).

Una primera dependencia de la operación historiográfica respecto de la memoria tiene que ver, por tanto, con la aporía común a la que una y otra se enfrentan: representar en el presente las cosas del pasado o, dicho de otra manera, pensar la «presencia de una cosa ausente marcada por el sello de lo anterior» (p. II). Este enigma, enunciado en un principio por las formulaciones platónica y aristotélica, atraviesa tanto la fenomenología de la memoria como la epistemología de la historia y está en la base de su parentesco esencial.

Pero hay más. La memoria, en efecto, debe ser considerada como «matriz de historia, en la medida que es guardiana de la problemática de la relación de representación del presente con el pasado» (p. 106). No se trata de reivindicar aquí la memoria contra la historia a la manera de algunos escritores del siglo XIX, sino de mostrar que el testimonio memorial es el único garante seguro, la prueba primera de la existencia de un pasado que fue y que ya no es. El discurso histórico encuentra ahí la atestación más inmediata y evidente de la referencialidad de su objeto. La intención de verdad de la historia requiere esta certidumbre aportada por la memoria que «es guardiana de la última dialéctica constitutiva de la condición pretérita del pasado, a saber, la relación entre el ‘ya no’ que marca su carácter cancelado, abolido, superado, y el ‘haber sido’ que designa su carácter originario y en este sentido indestructible» (p. 648). Memoria e historia se aproximan así, pero con todo siguen siendo incommensurables. La epistemología de la verdad que rige la operación historiográfica y el régimen de creencia que gobierna la fidelidad memorial al pasado son irreductibles y no es posible conferir prioridad ni superioridad alguna a una a expensas del otro.

Ricoeur concluye su libro con la triple problemática de la deuda, el olvido y el perdón. Conectando una vez más con Certeau, desplaza el estatuto de la historia, que no es solamente conocimiento verdadero del pasado, sino «gesto de sepultura por el que el his-

⑨ Krzysztof Pomian, «De l'histoire, partie de la mémoire a la mémoire, objet de l'histoire», en id., *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, pp. 263-342.

⑩ Ricoeur se basa, evidentemente, en el libro de Yosef Yerushalmi, *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*, Washington, University of Washington Press, 1982 (tr. fr., *Zakhor. Histoire juive et mémoire juive*, París, La Découverte, 1984).

⑩ Paul Celan, «Aschenglorie» / «Gloire de cendres», en *Choix de poèmes réunis par l'auteur*, trad. y presentación de Jean-Pierre Lefebvre, edición bilingüe, París, Gallimard, 1998, pp. 262-265.

⑪ Geoffrey Hill, «Tristia: 1891-1938», en *Scènes avec Arlequin et autres poèmes*, trad. del inglés por René Gallet con la colaboración de Michael Edwards, presentación de Michael Edwards, edición bilingüe, París, La Différence, 1998, pp. 24-25.

⑫ Wilfred Owen, «The Next War / La prochaine guerre», en *Et chaque lent crépuscule... Poèmes et lettres de guerre (1916-1918)*, selección y trad. del inglés por Barthélémy Dussert con la colaboración de Xavier Hanotte, edición bilingüe, Burdeos, Le Castor Astral, 2001, pp. 72-73.

toriador, al dar un lugar a los muertos, cede espacio a los vivos» (p. 495). Es una misma exigencia la que mueve a la reflexión sobre la ambivalencia del olvido. Por un lado, el olvido es una amenaza para las posibles representaciones del pasado si borra sus huellas u obliga al silencio. Pero, por otro, es la condición de la salvaguarda de la memoria, paralizada por el exceso de recuerdo como lo está, en la obra de Borges, Funes *el memorioso*, «aquel que no olvida nada». Sólo el «olvido como reserva» permitiría una memoria sosegada, que supone no la imprescriptibilidad de los crímenes, sino su perdón. De ahí la hermosa conclusión, que sitúa al libro en el núcleo mismo de las realidades más crueles de nuestro presente: «Es un privilegio que no se le debería negar a la historia la capacidad no sólo de extender la memoria colectiva más allá de todo recuerdo efectivo, sino de corregir, criticar o incluso desmentir la memoria de una comunidad determinada, cuando se repliega y se encierra en sus propios sufrimientos hasta el punto de hacerse ciega y sorda a los sufrimientos de las otras comunidades. En el camino de la crítica histórica la memoria reencuentra el sentido de la justicia. ¿Qué sería una memoria feliz si no fuese también una memoria equitativa?» (p. 650).

El historiador, el ciudadano, el «hombre capaz, que actúa y que sufre», como escribe Ricoeur, no pueden dejar de suscribir esa esperanza, que reúne las exigencias del trabajo histórico con la promesa de memorias reconciliadas consigo mismas –y con las de los otros. Y sin embargo... Tres poetas, tres autores que han cultivado la «poesía sapiencial», podrían alimentar las reticencias de Ricoeur ante un *happy end* demasiado fácil y poner a prueba los momentos esenciales de su construcción. «Niemand / zeugt für den / Zeugen» («Nadie / testimonia / por el testigo») escribe Paul Celan en *Aschenglorie* como si la declaración testimonial, que es garante de la realidad del pasado, pudiese a veces perderse para siempre, no ser comunicable ni comuni-

cada ⑩. De golpe es la posibilidad misma de la representación de ese pasado sin testigo lo que queda arruinada. En *Tristia: 1891-1938*, escrito por Geoffrey Hill en homenaje a Osip Mandelstam, el silencio tremendo, devorador, no deja lugar ni a la deuda, ni a la sepultura, ni a la comprensión: «*Tragedy has all under regard. / It will not touch us but it is there / – Flawless, insatiate - hard summer sky / Feasting on this, reaching its own end*» («La tragedia todo lo ve. / No nos alcanzará, sino ya está aquí / –Inclemente, insaciable– duro cielo de estío / Que de eso se alimenta, alcanzando su fin» ⑪). ¿Y cómo tener esperanza en una memoria sosegada, cómo tener fe en la disposición al bien que Kant atribuye al hombre, cuando escuchamos la profecía implacable de Wilfred Owen, enunciada en las trincheras del Somme: «*We laughed, knowing that better men would come, / And greater wars*» («Reíamos –sabiendo que vendrían hombres mejores, / Y guerras mayores») ⑫.

■ Traducción de Gustau Muñoz

Roger Chartier es director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París.